

# EDITANDO, QUE ES GERUNDIO

*Por: Eduardo Gallego & Guillem Sánchez*

\* \* \*

## RELATO FINALISTA DEL XXX CERTAMEN DE POESÍA Y CUENTO DE HUMOR JARA CARRILLO 2022

Publicado con autorización. Más información en:

<https://www.alcantarilla.es/areas/cultura/xxx-edicion-del-certamen-jara-carrillo-2022/>

\* \* \*

El escritor cree estar tocando el cielo. ¡Por fin van a publicar su primera novela! Puede que la editorial no figure entre las más punteras, pero bueno, por ahí se empieza. Al menos no tiene que poner de su bolsillo o autoeditarse para que le impriman la obra. Se estremece al pensarlo. Todavía hay clases.

El escritor da por bien empleados tantos meses de trabajo incansable, de quemarse las pestañas buscando datos fiables en mil sitios especializados de Internet y, en el colmo de la dedicación, en libros de papel, a la antigua usanza. Dedicó días y días a verificar algo que apenas se cita en el texto, y en el fondo resulta irrelevante para la acción. No es un perfeccionista patológico, pero odiaría que algún sabiondo le viniera con que en aquella época usaban fundíbulos en vez de catapultas para asediar las ciudades, u otra chorrada por el estilo. Servidumbres de la novela histórica; qué se le va a hacer.

La puerta del despacho se abre y el escritor es invitado a entrar. El editor es un tipo maduro, algo entrado en carnes y de modales campechanos, tal vez en exceso. Si al escritor le molesta su actitud, se cuida mucho de objetar. Nunca debes criticar a quien te ha de publicar.

Tras las cortesías de rigor, el editor sonrío de oreja a oreja y entra en materia.

–Bien, bien... Como te dije en los mensajes que intercambiamos, nuestro comité editor ha dictaminado que tu novela es interesante, amena y trata múltiples periodos históricos; eso enganchará al público. Descripciones fabulosas, acción trepidante, personajes atractivos... Nos parece magnífica la idea de un viajero del tiempo incapaz de morir, que desde la Antigüedad hasta nuestros días viaja por el mundo para anular la maldición y alcanzar el descanso eterno.

Tan sólo cabría efectuar unos pequeños retoques para que todo cuadre y pueda obtener el visto bueno definitivo del comité.

Al oír lo de «unos pequeños retoques», las alarmas saltan en la mente del escritor. La novela es su criatura, como si la hubiese parido sin anestesia. La mera idea de tener que quitarle algo se le antoja tan atroz como arrancarse un cacho de carne. Sin embargo, procura que su inquietud no aflore en el semblante. Probablemente se referirá a modificaciones menores. Quién sabe, a lo mejor incluso ayudan a la novela, aunque lo duda. Su creación es perfecta.

–El comité –sigue diciendo el editor, sin dejar de sonreír– ha sugerido que mejoraría mucho si el personaje principal fuera femenino, en vez de un guerrero curtido.

El escritor parpadea atónito, mientras los engranajes de su cerebro pugnan por asimilar lo que acaba de soltarle el editor. La sugerencia le parece tan estrafalaria que tarda unos interminables segundos en elegir las palabras adecuadas para no ofender. Intenta mantener la compostura y se arma de paciencia.

–La acción se inicia en la Antigua Grecia, y en aquellos tiempos las mujeres, por desgracia, pintaban bien poco en la vida pública. Me he documentado bien, te lo aseguro, y desde el nacimiento hasta la muerte debían permanecer bajo la autoridad de un tutor, sin derechos políticos ni jurídicos. Vamos, que no eran consideradas auténticas ciudadanas, y su destino era quedarse en casa y criar niños. En Roma tampoco mejoró mucho la cosa, por cierto.

El escritor diserta sobre la situación de la mujer en el mundo grecolatino, pero el editor hace como si no lo oyese. O tal vez no lo escucha; él va a lo suyo.

–El comité –el escritor se pregunta qué será exactamente el dichoso «comité»– piensa que el punto de vista femenino le aportaría mayor sensibilidad a la obra, además de apartarla del típico estereotipo del héroe heteropatriarcal.

El escritor reprime un bufido exasperado.

–Durante la mayor parte de la Historia, la mujer ha estado sometida al varón. Hoy hemos progresado; los comportamientos pasados nos parecen injustos y todos debemos esforzarnos en crear un mundo mejor e igualitario. Aclarado esto, he intentado que mi novela sea un reflejo fiel de los acontecimientos a lo largo de los siglos. Un hombre, sobre todo un mercenario experto, goza de una gran libertad de movimientos y la excusa perfecta para atravesar fronteras. Así, al mismo tiempo que vive una aventura tras otra, mostramos al lector, con naturalidad, la

diversidad de las distintas épocas. Con una protagonista femenina, por mucho que nos duela, las posibilidades se reducen enormemente.

El editor pone cara de circunstancias.

–Ya, pero es que el Real Decreto de 30 de febrero de 2022 nos urge a potenciar el rol femenino y de los colectivos tradicionalmente discriminados por la sociedad sexista opresora y heteropatriarcal. Concretamente, en el Anejo IV se especifica que las protagonistas femeninas o LGTBIQ+ no podrán denigrarse en las creaciones artísticas, sean del tipo que fueren. Mira; no me lo estoy inventando.

El editor abre un pdf en el portátil y se lo muestra al escritor. Seguro que no es la primera vez que lo hace. El escritor no da crédito a lo que lee, pero ahí está, negro sobre blanco. Alza la vista y mira al editor.

–O sea, que cualquier personaje malvado, tonto o ruin ha de ser un tío, a ser posible blanco... –farfulla.

–Se dice «caucásico», no «blanco».

–Y ¿no se ofenderán en el Cáucaso? –replica el escritor.

El editor no capta el sarcasmo y sigue a lo suyo.

–Venga, que tienes imaginación de sobra. Seguro que creas un personaje femenino que contente a todos y todas –no aguarda la ácida réplica de su interlocutor y prosigue–. Por otro lado, al comité le chirría que haya tanta guerra en todas las épocas. El protagonista, mejor dicho, la protagonista, ¿no podría ser pacifista, o mediadora, o algo por el estilo?

El escritor respira hondo y cuenta hasta diez. Cada vez le cuesta más mantener la serenidad. Todo sea por ver su obra publicada.

–La guerra es consustancial a la evolución de la humanidad. En ella se refleja lo mejor y lo peor de nuestra especie. Por no mencionar el juego que da al novelista, la épica, la...

El editor, siempre sonriente, lo interrumpe con un ademán.

–Ya, pero el comité estima que el exceso de violencia podría interpretarse como una apología de la misma, susceptible de ofender a los colectivos ecopacifistas.

–¡Pero eso es lo bueno de ceñirse a los acontecimientos históricos! –se defiende el escritor–. Cuando algo se nos antoja políticamente incorrecto, no debemos censurarlo por el

hecho de que nos moleste. Lo mejor es sacarlo a la luz, para aprender así de los errores del pasado y no repetirlos.

–Desengáñate, amigo mío –replica el editor, con aire bonachón–. La violencia desagrada a muchos colectivos. Yo suprimiría las batallas y me centraría en los logros sociales. Si te gusta la épica, que luchen por causas ecologistas. Salvar un bosque de que lo talen, trabar amistad con los delfines... Algo así.

¿Suprimir las batallas? ¿Con lo que había sufrido para documentarse? ¿Después del mimo, del amor que había puesto en cada párrafo? ¿Del tiempo que tardó en averiguar si en aquella batalla los legionarios romanos se protegían con cota de malla, armadura de escamas o *lorica segmentata*? ¿O el tipo de casco que cada bando usaba en la Tercera Cruzada? ¿O el calibre de los primeros cañones? ¿O los nombres absurdos con que los marinos se referían a las distintas partes de un barco de vela? ¿O...?

De repente, algo hace «clic» en la mente del escritor. Mejor dicho, «crac». Definitivamente, algo se ha roto, como cuando Gollum empezó a susurrar: «*mi tessoro...*». Hasta ese momento, y el editor contaba con ello, habría estado dispuesto a cualquier cosa para que publicaran su novela en papel. Pero no poder contar la diferencia entre un arcabuz y un mosquete, o entre la falange espartana y la tebana... ¡Hasta aquí podríamos llegar! Ya está bien de tocar las narices, por no mencionar otra parte colgante de su anatomía.

El escritor contempla al editor con la misma fijeza que una víbora dispuesta a abalanzarse sobre un desprevenido ratón de campo. El editor, por su parte, no se percata del sutil cambio y sigue a su bola, sin ser consciente del peligro que corre.

–Para que te hagas cargo del problema: hay capítulos, como el que transcurre en las Navas de Tolosa, que podrían ofender a los colectivos de migrantes magrebíes, sobre todo si usas la palabra «moro».

El escritor replica en un tono sereno, calmado. Demasiado.

–Es un término antiguo, de la época romana, nada peyorativo.

–Sí, pero los muestras como los malos de la película...

–Los almohades eran unos fanáticos fundamentalistas, detestados por los propios andalusíes. Por otra parte, Pedro II de Aragón, e incluso Alfonso VIII de Castilla, eran

relativamente decentes para su época. Hasta protegieron a los judíos de los desmanes de otros cruzados europeos. Al fin y al cabo, se trataba de sus súbditos.

El editor niega con la cabeza, fingiendo pesadumbre.

–Muchos colectivos lo interpretarán como prepotencia eurocéntrica y prooccidental – Pasa a otro capítulo del manuscrito–. Ajá. ¿Qué me dices de su participación en la conquista de México? Inaceptable; España aún no ha pedido perdón por el expolio que se cometió contra inocentes nativos que vivían en armonía con su tierra, sin molestar a nadie...

–Primero –aclara el escritor, muy educado–, me parece un disparate sacar los hechos de contexto y juzgar según los patrones actuales a gente que vivió hace medio milenio. Segundo, el cliché de considerar a los americanos unas pobres e inocentes criaturas, que nada pudieron hacer frente a los malos y resabiados españoles... Eso sí es un ejemplo de paternalismo eurocéntrico: la falacia del «buen salvaje» de Rousseau. Igual me equivoco, pero creo que los seres humanos somos todos más o menos iguales, y que el porcentaje de cabritos es similar en las distintas épocas y países. Sencillamente, chocaron sociedades que estaban al nivel de la Edad del Bronce con otras que ya apuntaban a la Revolución Industrial, y pasó lo que tenía que pasar. Te aconsejo que leas el clásico *Armas, gérmenes y acero*.

–Sigue siendo una masacre contra unos pueblos pacíficos y en equilibrio con su entorno.

–Pacíficos. Equilibrio. Sí. Ya. En esa época la sociedad maya había colapsado por tercera vez, por culpa de las guerras civiles y de una agricultura incapaz de adaptarse a los cambios climáticos. En cuanto a los aztecas, le arrancaron el corazón así, en vivo, a más de un millón de personas. En mi tierra, a eso lo llamamos genocidio. Los pueblos vecinos no podían verlos ni en pintura.

El editor sigue sin dar muestras de escucharlo.

–En cuanto a la guerra de secesión estadounidense, deberías cuidar el vocabulario. En vez de «negros»... No sé, ¿por qué no «afroamericanos subsaharianos y subsaharianas»?

–Intento reproducir el lenguaje de aquel siglo –replica el escritor, flemático.

–Hay gente que se sentirá ofendida, sin duda, y debes evitarlo. Hoy lo que importa son los sentimientos; procuremos no herirlos. La crudeza de la supuesta «objetividad histórica» levanta ampollas en muchos.

–Ya –dice el escritor, sin inmutarse–. ¿Algo más?

–Bueno... –El editor salta a otro capítulo–. El comité piensa que sería mejor suprimir cuando el protagonista se ve implicado en la invasión japonesa de China y Corea, la violación de Nankín y demás... Pintar a los japoneses tan crueles ofenderá a un sector potencial de lectores de manga, aficionados al animé, otakus...

–Sería una gran pérdida, sí.

El editor continúa explicando por qué deberían modificarse o mutilarse todos y cada uno de los capítulos de la novela. El escritor atiende con paciencia franciscana. No se inmuta ni cuando le sugiere que la batalla de Stalingrado ha de eliminarse para que no lo acusen de prorruso. Tampoco cuando le propone quitar las degollinas de Gengis Khan, porque eso denigraría a los asiáticos y las asiáticas. Tampoco quedaría bien Blas de Lezo, que molesta a ciertos colectivos independentistas. Y el asunto de la Guerra de los Seis Días, mejor no meneallo.

El escritor sigue sonriendo, inmutable. Al editor le agrada que lo esté encajando tan bien. Finalizado el repaso, concluye:

–Tampoco estaría mal revisar el asunto de la mascota, cuando adopta aquel lobezno huérfano que luego lo acompaña en sus aventuras. ¿No puedes modificarle la dieta, para no ofender a la comunidad vegana?

El escritor vuelve a hablar, por fin.

–Los lobos son carnívoros. Está en su naturaleza.

–Pues entonces escoge otro animal de compañía. ¿Qué tal un koala? Que yo sepa, sólo comen hojas de eucalipto.

–Un koala. Ya.

–Perfecto. Ah, y no te olvides del lenguaje inclusivo, que es imprescindible. Mira –le tiende un papel–, para que no se diga que no te facilitamos la labor, el comité ha vuelto a redactar uno de los capítulos, atendiendo a las reformas que te acabo de comentar. Es sólo una guía, para que te empapes del estilo que buscamos en la editorial.

El escritor toma el folio y lo lee por encima. Corresponde al capítulo sobre la conquista romana de Gran Bretaña. El protagonista (ahora, la protagonista) se dispone a entablar combate contra las tribus celtas. Como cabía esperar, tanto las legiones como los britanos constituyen un mosaico multicultural de gentes de todo sexo (perdón, género), color y condición. De hecho,

para recalcar el apoyo a la diversidad, hasta hay un aborigen australiano entre las filas britanas, y Uhura, una mujer masái, es la compañera sentimental y lugarteniente de la protagonista. Los carros de guerra britanos respetan todas las normas del bienestar animal. En ambos ejércitos las decisiones se toman en asamblea. Tampoco se describen armaduras ni armas para no herir la sensibilidad de las personas con aicmofobia.

El escritor se fija en la escena donde la reina Boudica y la protagonista se han reunido en la tienda de esta última para evitar la confrontación inminente. Por supuesto, la comida consiste en ensalada de rúcula y canónigos, y las copas están llenas de batido de espinacas ecológicas. Para los gatos y gatas, gachas de avena.

*«Después de la mediación de Uhura, nuestra sacrificada heroína alzó los ojos y su límpida mirada se cruzó con la de Boudica. Como no podía ser menos, una corriente de mutua simpatía se estableció entre las dos personas de género femenino.*

*–Debe cesar este sinsentido –dijo Uhura–. La violencia nunca soluciona nada. Que nuestros legionarios y legionarias, soldados y soldadas, centuriones y centurionas conviertan sus lanzas en arados, y que nuestros caballos y ~~caballas~~ yeguas se empleen, respetando sus derechos inalienables de criaturas semovientes, para labrar los campos y que en ellos crezcan los tomates ecológicos, sin fertilizantes químicos ni transgénicos...».*

El escritor pasa de puntualizar que los tomates no llegaron a Europa antes del siglo XVI. Deja de leer y deposita con delicadeza el folio sobre la mesa, junto al manuscrito de la novela.

–¿Qué? ¿Qué te ha parecido? –dice el editor, jovial–. ¿A que gana un montón?

La sonrisa del escritor se hace más amplia.

\* \* \*

Mientras la Policía lo lleva a declarar ante el juez, el escritor no deja de sonreír. A los agentes les da un poco de repelús.

No se arrepiente de nada. Fue un placer de dioses agarrar el manuscrito, arrancar las hojas una por una y hacérselas tragar al editor, al grito de: *«¡Esta por las Termópilas! ¡Esta por la batalla de Gaugamela! ¡Esta por los elefantes muertos de Aníbal! ¡Esta por la toma de San Juan de Acre! ¡Esta por la Armada Invencible! ¡Esta por la Operación Bagration! ¡Esta por el lenguaje inclusivo! ¡Esta por el puto koala! ¡Esta por...!»*. No se dejó una, y el manuscrito, en elegante tipo de letra Garamond, estaba más cerca de las mil páginas que de las quinientas.

Quizá se excedió un poco al final, cuando vio el pisapapeles con la leyenda «*Haz el amor y no la guerra*» y se lo introdujo al editor por donde amargan los pepinos, mientras exclamaba: «*¡Y esta, por si se me antoja escribir una secuela!*».

En fin, lo hecho, hecho estaba. Con un poco de suerte y si le tocaba un juez amante de la Literatura, a lo mejor consideraba el atenuante de la ofuscación transitoria.

Pensándolo bien, se dice el escritor, autoeditarse no es tan mala idea.